

Los juncos se mecen, los árboles sueñan,
El bosque se puebla de sombras de paz,
Y el aire sonidos dulcísimos llenan
Que lleva invisible la brisa fugaz.

¡Luna! Cuántas veces tu luz ha alumbrado
Mi larga vigilia, mi breve ilusión; [do
¡Luna! Cuántas veces con ella ha sonado,
Perdida en el viento á mi triste canción.

Y aún cuantas veces allá todavía
En playas remotas tal vez sonará.
Entonces ¡oh luna! la cítara mía
¿Qué oído en sus ayes ó risas tendrá?

Tal vez entre el recio menudo ramaje
Que ciñe del ancho desierto el lindal,
Responda á mis voces un ave salvaje
Huyendo á lo largo del seco arenal.

Tal vez á la orilla del mar tempestuoso
Tu pálida imagen por él seguiré;
Tal vez con las ondas del mar proceloso
Mis lágrimas turbias mezclarse veré.

Y acaso mis ojos, del agua que broten
Por entre el ardiente confuso cristal,
Verán, sin que nunca sus fuentes se ago-
Huir por los cielos tu errante fanal. [ten,

¡Luna! Si esa noche de angustia llegara,
Si huyera esquivando mi pueblo español,
¡Luna, más valiera que el sol te prestara
Un rayo que apague mi gloria y mi sol!

Mas no, clara y celeste peregrina,
Luz de los bosques, de los tristes luz,
A cuyos rayos el amor camina
É invoca al justo que murió en la cruz.

No, blanca reina de la turbia noche,
Amiga del cantar del trovador,
Tú que refrescas el modesto broche
Que á tu luz pliega la silvestre flor;

Tú me darás magníficos cantares,
Grandes como tu Dios y como tú,
Como esos que, del cielo luminares,
Orlan los pabellones de tisú.

Tú inspirarás á mi sonante lira
El fuego del profeta que lloró

El peligro de Pérgamo y Thyatira,
La rebelde impiedad de Jericó.

Tibia, modesta, fugitiva luna,
Cuya rápida y trémula ilusión
Pinta el mar y el arroyo y la laguna
En vistosa y flotante aparición;

De cuya imagen en redor tranquila,
Allá en bosques de conchas y coral,
De errantes peces multitud se apila
Que te besan tu imagen de cristal;

Tú, á quien un ángel invisible guía
Y millares de estrellas van en pos,
Tú me darás palabras de armonía
Con que cantar la gloria de tu Dios.

Lejos de mí los velos de esa Diana
Que del bosque en la obscura soledad,
En brazos de un mortal busca profana
Misterios de placer y liviandad.

Lejos de mí los cánticos impuros
De ese bello y perdido cazador
Que los valles audaz cerró seguros
Con barreras de fábulas de amor.

Yo te adoro, magnífica lumbrera,
Tan sólo por tu tibia brillantez,
Y no veo en tu espléndida carrera
Más que la mano del eterno Juez.

Surca ¡oh Luna! esos techos de topacio
Que él te señala por camino á ti,
Mientras que preso en reducido espacio,
Su voz espero cuando venga á mí.

A mí, que ingrato y prófugo poeta,
Creo en el Dios á cuyo soplo fué
Cuanto en la tierra y en la mar vegeta,
Cuanto no he visto ni jamás veré.

¡Ah! Cuando el mundo en su erial de-
Me dé un lecho de tierra en que dormir,
Y vayan, presa del destino incierto,
Conmigo mis cantares á morir,

¡Oh Luna! si en mi túbulo no brilla
De humana gloria la extinguida luz,
Cuelga al menos tu lámpara amarilla
Sobre su rota y olvidada cruz.

HORIZONTES

I

Lanzó al mundo en mitad de las tinie-
El soplo del Señor, y empezó el mundo
A rodar en un piélago de nieblas,
Cercado del silencio más profundo.
Miró la creación el que la hizo,
Mas no le satisfizo;
Y rasgando sus negras colgaduras,
Sacudió con su planta el firmamento;
Brotó una chispa, se inflamó en el viento,
Y el sol se derramó por las alturas.

II

«Tú girarás, le dijo, eternamente:
Cuatro estaciones marcarás iguales,
Y será tu fanal resplandeciente
La sombra de mis ojos inmortales.»
Giró el sol, y á su vista, alborozado
El mundo iluminado,
En himno universal rompió sonoro,
Y cuanto tuvo un soplo de existencia
Exhaló sonoro en su presencia
Música dulce en acordado coro.

III

Mecióse el mar con colosal murmullo,
El viento resonó por las montañas,
Murmuró el bosque soñoliento arrullo,
É hirió el arroyo sus sonantes cañas.
Ensayaron sus cánticos las aves;
Armoniosos y graves,
Los acentos del hombre resonaron;

Y con notas más roncadas y severas,
Su voz alzaron sin compás las fieras,
Y los ecos salvajes la imitaron.

IV

Fuente de luz y manantial de vida,
El sol fecunda nuestra madre tierra,
Y en arroyos al llano convertida,
Vierte la nieve que apiló en la sierra.
Brotan á su calor hierbas y flores;
Sus manchas y colores
Da á cuanto dora con su lumbre pura,
Y mil insectos que las auras hienden,
A separar solícitos atienden
Del semen virgen la semilla impura.

V

Mas ó vacilan mis cansados ojos,
Ó yo he visto en Oriente y en Ocaso
Lagos de sangre, cuyos pliegues rojos
Al sol alfombran el gigante paso.
Y jamás comprendió mi entendimiento
El misterio sangriento
Que ese color del horizonte vela;
Y por más que lo pienso y lo medito,
Nada el arcano que conserva escrito
Ese renglón de sangre me revela.

VI

He visto al sol posarse en el Oriente
Al derramar su esplendorosa lumbre,
Y le he visto posar en Occidente
Al transponer la postrimera cumbre.

Magnífico á su vuelta y su partida,
Su marcha y su venida
Mudo y absorto cada vez contemplo;
El recoge sus rayos ó los suelta,
Y siempre á su venida y á su vuelta,
De Dios concibo al universo templo.

VII

Sí, siempre posa un punto en el Oriente
Y otro punto al doblar la última cumbre;
Mas siempre ciñe en su alba y su occidente
Banda sangrienta su radiante lumbre.
Entrambos los crepúsculos clarean,
Mientras al sol rodean
Ráfagas anchas de color sangriento;
Y al irse y al venir, su última tinta
Ese triste color siniestro pinta
En el confín del azulado viento.

VIII

¿Qué guarda ese rojizo cortinaje
En los remates de la luz prendido?
¿Un torbellino no hay que le desgaje
Si á alcance de los vientos va perdido?
Si es un vapor que se desprende lento,
Espeso y turbulento
De la esencia del sol, en su camino,
¿No hay solícito un ángel cuyo brazo
Arranque de la luz ese pedazo
Que mancha al sol su resplandor divino?

IX

Si es de los aires ilusión dudosa,
Que la distancia en el azul suspende,
¿Por qué no pinta su ilusión de rosa,
Y no ese rojo pabellón que ofende?
¡Necio de mí, gusano de la tierra,
Que quiero lo que encierra
Saber el mundo en su invisible centro,
Y demando á su autor omnipotente,
Cuando nací á adorarle solamente,
Y para amarle por doquier le encuentro!

X

Al hundirse la luz detrás del monte,
Sorbida entre las nubes y las breñas,
Lumbre vomita el trémulo horizonte,
Que en sangre tiñe las enormes peñas.
Faja de sangre, inmensa banderola
Que en su alcázar tremola
El que hizo el mundo de ceniza vana,
Cual rojo lienzo que pirata osado
Despliega ante el bajel atribulado
Que á todo trapo por huir se afana.

XI

Que era el sol un espejo transparente
Donde el Señor su creación veía,
Y desde él derramaba, omnipotente,
Dulce vida de amor y de armonía.
Y hubo un instante en que, amoroso, quiso
Al hombre abrir su santo Paraíso
Tras aquella existencia de ventura:
Mas á Dios usurpando su derecho
De deshacer lo hecho,
Sangre vertió la necia criatura.

XII

La tierra se manchó; Dios, indignado,
Quitóse del cristal, y su reflejo,
Con los ojos de Dios iluminado,
Pintó la mancha y sombreó el espejo.
Volvió asimismo Dios al sol mandando:
«Tú seguirás rodando;
Su raza alumbra y que lidiando crezca;
La tierra empape con su sangre impura;
Mas cuando quede con la sangre obscura,
No la reflejes más, y que perezca.»

XIII

Dijo Dios, y cerróse en su santuario,
Y al rudo golpe que sus puertas dieron,
La madre tierra, con impulso vario,
Monstruos sedientos de matar cubrieron.

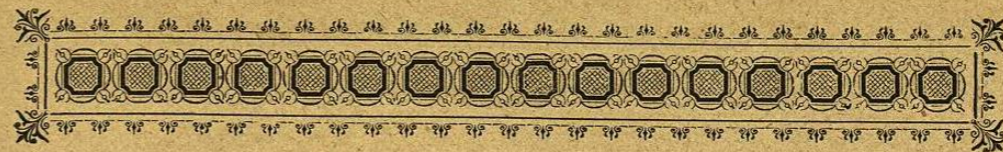
XIV

Nino, Nembrot, Sesostris y Cambises,
De sangre á Egipto con furor regaron;
Alejandro, Conón, Jerjes y Ulises,
En sangre á Grecia sin piedad bañaron.
Grecia tragó al Egipto, á Grecia Roma,
Y en Roma, que desploma
Sus legiones doquier, y ansiosa apila
Montones de coronas sin cabezas,
Metió á pisar su gloria y sus grandezas
Su negro palafrén el torvo Atila.

XV

¡Y eso es la gloria, y las hazañas eso!
Los héroes nacen, y la tierra tinta,
Por do queda su pie con sangre impreso,
La negra mancha en el espejo pinta.
Venid, guerreros, degollad sin tino,
Que el sol va su camino
La luz menguando, sin cesar siguiendo,
Y cada estatua á vuestra gloria alzada,
Es una sombra que la luz menguada
Del moribundo sol va carcomiendo.





Impresiones de la noche.

Hay pensamientos que en la mente viven
En un rincón de la memoria echados,
Cual los insectos que su ser reciben
De los arbustos á que están pegados.

Duermen al parecer; mas como aquéllos
Al soplo de una brisa se levantan,
Crecen, vuelan, y al fin toman, cual ellos,
Formas medrosas que la vista espantan.

Hijas del miedo, y de la fe contrarias,
Vagas visiones de la noche umbría,
Bullir las vemos en la niebla fría,
Nada en la esencia, y en la forma varias.

[moria
Quimeras que hallan siempre en la me-
Silenciosa mansión, gracias postizas,
Y que reciben faz, cuerpo é historia,
En los cuentos y error de las nodrizas.

Van con la noche, de la noche hermanas,
Y con murmullos infinitos suenan,
En las alas del viento van livianas,
Y el alma, el viento y el espacio llenan.

¡Paso, de cieno fábulas impuras,
Paso dejad al noble pensamiento
Que anhela respirar auras más puras
En el cóncavo azul del firmamento!

¿Piensas, turba de sueños impostora,
Hacerle por el miedo tu vasallo,
Como al son de la fusta cimbradora,
Jinete admite el volador caballo?

Yo os recibí al nacer como ilusiones:
Si el corazón cobarde os dió aposento,
Hoy necesita, imbéciles visiones,
Todo mi corazón mi grande aliento.

Con la noche venís, y osáis con ella
Turbar al corazón que en paz reposa;
Mas de la noche en el poder se estrella
Vuestro poder y ciencia mentirosa.

¡Paso! Mis ojos, en su azul tendidos,
La paz que les robáis otra vez hallan,
Y en los misterios de la fe perdidos,
Vuestros misterios de impureza callan.

Para lanzar vuestra influencia impía,
Á la influencia celestial acudo,
Y de la noche silenciosa, umbría,
La solitaria inmensidad saludo.

I

¡Salve tienda magnífica colgada
De polo á polo sobre el aire manso,
Del caduco universo destinada
A proteger el funeral descanso!
¡Salve á quien mora en la escondida altura,
Detrás de esa estrellada colgadura!
¡Salve á quien vela el agitado sueño
De esos gusanos, que á sus pies tendidos,
Manchan con sus alientos corrompidos
La orla imperial del manto de su dueño!

II

Sí, que á mis ojos se resiste en vano
De la insondable eternidad el velo,
Y yo veo, Señor, tu inmensa mano
Tras el azul del transparente cielo.
Infinita, Señor, tu omnipotencia,
Infinito el abismo de tu ciencia,
Infinito tu ser, y Tú infinito,
NO HAY MÁS QUE TÚ; y tu soplo poderoso,
Que anima el mundo, presta generoso
Vida á la alma virtud, vida al delito.

III

Que Tú, amasando el polvo de la nada,
Con tu suprema voluntad un día
Diste al hombre esta espléndida morada,
Igual para el que fué y el que sería.
«¿Quieres vivir? Tu aliento es el espacio.
¿Quieres tener? El orbe es tu palacio.
¿Quieres mandar? Al señalarlo nombre,
Puedes gozarlo é invadirlo todo.
Yo, que á mi gloria te saqué del lodo,
Fe y libertad te doy», dijiste al hombre.

IV

Y el hombre fué; y el hombre, envane-
Olvidando al Señor que le formara, [cido,
No partió por igual lo recibido,
Se armó insolente y le volvió la cara.
Oídos dando al corazón villano,
El hermano lidió con el hermano,
El hijo con el padre, en torpe guerra,
El alma en las entrañas se buscaron,
Y uno de otro en la sangre se bañaron
Por un pie más de la heredada tierra.

V

De tu obra entonces, gran Señor, corri-
Ingrata viendo á tu mejor hechura, [do,
Sobre el mundo tendistes ofendido
La espesa sombra de la noche oscura.
Volviéndote á tu carro rutilante,

Empuñaste las bridas de diamante;
Tus caballos de fuego se lanzaron
Por el espacio, y caminando á obscuras,
Al choque de sus recias herraduras
Miles de estrellas en su azul brotaron.

VI

Al ceño de tu cólera divina
Los mundos con pavor se estremecieron,
Confundióse su esencia peregrina,
Y las miserias y la muerte fueron.
Brotó la tempestad. Sorbió el nublado
Las ondas de la mar, y desbocado,
En hombros cabalgando de las nieblas,
Su pedrisco doquier vertió sin tino,
Y borrando los lindes del camino,
Tierra y mar embozó con las tinieblas.

VII

¿Quién osará, Señor, en la memoria
La idea renovar de tu honda ira?
El mundo sabe la tremenda historia,
Y aun, al mentarla, de terror suspira.
La obra de tu poder atropellando,
Seguías Tú la creación cruzando
Sin término, ni objeto, ni vereda,
Y tus ojos, Señor, relampagueaban,
Y las nubes errantes reventaban,
De tu carro inmortal bajo la rueda.

VIII

Todo cayó á tus pies; todo en pedazos
Á volver se aprestó á su antigua nada;
Pero su polvo tropezó en tus brazos,
Y á ser tornó la fábrica empezada.
Te volviste á mirar sobre tus huellas,
Y al ver que de tus ojos las centellas
Lo iban todo á incendiar, compadecido,
La noche hicistes, que tendió en el cielo
Su pabellón azul de terciopelo,
Que en medio del cenit quedó prendido.

IX

Tras él está velando tu pupila;
Mansa tras él la creación pasea,
Y el universo de terror vacila
Á su gran resplandor si pestañea.
Las nubes con su luz se tornasolan,
El Oriente y Ocaso se arrebolan
Con sus puros y espléndidos colores,
Y á su dulce calor se alza indecisa
La perfumada y soñolienta brisa
Que susurra en las hierbas y en las flores.

X

¡Salve otra vez, magnífica cortina,
Que ante los ojos de tu Dios colgada,
La lumbre de sus ojos te ilumina
Sobre el desierto del dolor plegada!
Yo sé en mi corazón, noche sombría,
Que es tu manto de rica argentería
Prenda de que nacimos sus vasallos,
Que al salpicarte Dios con tus estrellas,
Nuestro orgullo alumbró con las centellas
Que brotan de los pies de sus caballos.

